

Siddhartha Mata

# **UN PAÍS QUE HUYE** MIGRANTES

Santo Domingo, República Dominicana

**DiEditores**

© *Un país que huye: migrantes*, 2023.

© Siddhartha Mata

ISBN: 978-9945-9410-3-6

Cuidado de edición: María Carla Picón

Corrección de estilo: María Carla Picón

Diseño y diagramación: Hermis Rodríguez Botier

Ilustraciones: © Hermis Rodríguez Botier

## **DiEditores**

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Patria, son tantas cosas bellas  
Son las paredes de un barrio  
Es su esperanza morena  
Es lo que lleva en el alma  
Todo aquel cuando se aleja

*Patria*

Rubén Blades

# PRÓLOGO

tengo un dolor tricolor en exilio  
un eco aullando en pecho:  
el clamor de justicia que se disfraza de guerra

*Fragmento de poema inédito*

La historia de la migración parece estar decorada por pañuelos salados que aún vapulean en los puertos y terminales; suena al taca taca taca que se repite una y otra vez; huele a la sazón del hogar que nunca se olvida. Está dividida por la línea fronteriza que marca la diferencia entre la muerte y la vida, o el presente y el futuro.

El problema no es lo que cabe en la maleta, lo desgarrador es la decisión de qué dejar, porque, al fin y al cabo, la vida no entra en un par de ruedas y en una mochila.

Argumentos convincentes y motivos sostenidos para convertirse en inmigrantes hay muchos, muchísimos. Los más melifluos responden al propio deseo, a los idilios que se construyen en la imaginación, o al famoso “sueño americano”, que se ha derruido con los años. Los más terribles devienen de las causas más inhumanas, como la guerra, la mafia, el hambre, la miseria. Sin embargo, indistintamente de lo que subyazca al movimiento migratorio, por demás histórico, este se constituye como la respuesta a la inherente necesidad humana de sobrevivencia o evolución.

Ante lo anterior, el drama nos une: sufre el que se va, el que se queda y el que recibe; ninguno queda indemne, intacto, porque sin duda alguna, la ruptura del orden natural traerá, para todos, transformación, metafórica o no, como la crisálida. El peso de la extrañeza, de la ausencia, de la soledad, del gentilicio, de la lengua materna y de las saudades en un mismo cuerpo, en un mismo espíritu, es una experiencia infausta, pues la migración representa el segundo duelo más difícil de superar después de la muerte de un ser muy querido.

«Resiliencia, resiliencia, resiliencia», una palabra cuyo eco nos repetimos los migrantes cada vez que volteamos y recogemos los trozos de vida que

dejamos atrás, cuando el golpe de realidad nos mira de frente, con su dedo inquisidor. La retahíla de interrogantes, casi retóricas, y las sin respuestas, se agolpan desmesuradamente, un ahogo, un abismo del que no todos logran salir. Entonces toca reinventarse, recordar los motivos, o volver.

El forastero vive siempre dividido, hendido; no es de acá y tampoco de allá, existe en una suerte de limbo, el mismo que le recuerda la infeliz *impertenencia*, porque cuando se migra se renuncia a ello precisamente: a pertenecer. En el país que le acoge siempre será extranjero. Y su país, ya no es el que dejó. Cambia uno y cambian ellos. Una especie de ciudadano que se ha conformado, definido, por retazos de lo que fue y ya no es, de los fragmentos que se empeña en conservar inalterados contra la memoria diluida por el paso del tiempo y la nueva cultura que ahora debe integrar.

Así, los migrantes vivimos entre la ilusión de la nueva vida y la desolación por la pérdida. Muchos, hasta con la culpa de haber sobrevivido, otros, con el remordimiento del pan sobre la mesa: al fin y al cabo, nadie se va porque sí.

*Un país que huye: migrantes* es una novela cuyo *leit motiv* es la migración venezolana de a pie: los caminantes que atraviesan las montañas de la gesta libertaria para buscar en tierras ajenas, hermanas por historia, una vida “mejor”. Relata la travesía de todos los Ramírez del mundo y de los Ramírez que han cruzado el puente Simón Bolívar entre Venezuela y Colombia, muchos, en condiciones infrahumanas, con las mínimas posibilidades de resultar victoriosos o de sobrevivir a los embates del trayecto, al hambre, a la desnutrición que portan, a los miles de kilómetros que separan casa y destino. El clima que se cuele por los huesos y les recuerda la ausencia de patria, la falta de hogar...

Una obra a tres voces, que relata polifónicamente el desplazamiento, la distancia de los Valles del Tuy a Lima, las desavenencias, las necesidades, el dolor, la pérdida, el desamparo. Desde las ópticas de Rosa, Julie y Mari, la historia de cada uno de los personajes, por encima de la migración, nos habla de la humanidad, de la belleza que se oculta tras los titulares de los medios de comunicación, de las redes sociales o de los gobiernos. Es un relato que nos recuerda que, más allá de los gentilicios, de las fronteras,

de los aspectos étnicos o sociales, de los motivos, cada ser humano libra sus propias batallas y el mundo es uno solo: el mismo que nos sostiene o nos empuja.

En la historia de la migración hay suficiente dolor y tragedia como para regodearse en ella, de ahí que esta novela, con una trama impecable, de la mano de su autora, exalte la bondad y presente aquello de lo que nadie habla. ¿Naíf? Quizá. Pero como en el caso de *La vida es bella*, de Roberto Benigni, nos conforta y mueve el lente hacia lo que poco ruido hace; aunque arroje luz al mundo y nos devuelva la humanidad y la dignidad que a veces nos es robada o negada.

*María Carla Picón*

Capítulo 1

# LA DECISIÓN

Rosa decidió no dejar pasar ni un minuto más sin hablar con sus hijos. Se había propuesto que fuese esa noche al regresar del hospital cuando les daría la noticia: una que cambiaría sus vidas para siempre. “Las cosas duras hay que enfrentarlas”, se decía incesantemente para convencerse a sí misma de que era el paso correcto a dar.

Había huelga de transporte en Los Valles del Tuy, los conductores pedían inmediato aumento del pasaje, porque al igual que a todos, la inflación comía sus ingresos, como un enjambre de langostas devorando todo a su paso. Rosa caminó durante hora y media entre la masa de gente cansada, escoltada por una sombra negra en el cielo que prometía aguacero. El movimiento de la marea humana la empujaba hacia adelante y ella se dejaba llevar, iba sin mirar, en automático, perdida en sus pensamientos. Tuvo tiempo suficiente para buscar la forma de enterrar sus dudas que, por cierto, eran muchas. Las sepultó lo más profundo que pudo y, para evitar que la traicionaran, les echó tierra encima hasta ahogarlas. La decisión estaba tomada. Así que, apenas llegó a casa se dispuso a salir del trago amargo. Enormes gotas comenzaron a estrellarse con ritmo anárquico contra el techo y el asfalto, acompañadas de estrepitosos truenos. El cielo se caía a pedazos. En medio de un silencio lleno de ruido, Rosa escupió palabras sin analgesia:

— Se acaban las razones para vivir en este país. No quería reconocerlo, pero ya está, no podemos más. ¡Nos vamos! —La luz estridente de un rayo iluminó la escena. Suspenso. El sonido llegó un par de segundos después y la casa se estremeció tanto como los chicos.

Rosa había estado las últimas semanas pensando cómo hablar con sus hijos. Le dio mil vueltas a la cabeza. “Así. No, mejor les digo que... No, no...”. Tenía una lista mental de argumentos, organizados por prioridades: alimentación, salud, seguridad, educación. Pasó desveladas enteras buscando palabras acolchadas que amortiguaran la reacción, que ella

vaticinaba sería despeñada. Pero esa noche, cuando los sentó en la pequeña sala, le salió esa chorrada.

El paisaje familiar se sacudió y luego se paralizó, víctima tanto de la descarga eléctrica del rayo como de la noticia. Rosa quedó unos segundos en pausa, solo fueron segundos, aunque parecieron una eternidad. Olía a tierra mojada y el calor estaba alborotado. Los tres hijos la miraban atónitos, con los ojos como platos. Rosa nunca había sido delicada con las palabras, y mucho menos cuando se sentía desmoralizada. Ella tampoco quería irse. Prosiguió tensa pero calmada, por lo menos eso intentaba transmitir: calma. Dijo los argumentos que había ensayado en sus noches insomnes, nunca en el orden previsto, pero los dijo todos. Ninguno de sus hijos pronunció palabra alguna mientras ella hacía su exposición de motivos, de hecho, casi ni respiraron, pasmados, dentro de una nebulosa de frases que no querían escuchar. Parecían estar procesando la información, cada uno a su ritmo, como si fuera un complicado algoritmo.

Salvador fue el primero en reaccionar. Brincó como resorte de su asiento con un contundente «No, yo no voy, yo me quedo». Le siguió Margarita, atolondrada como siempre, «y yo con esta barriga, ¿pa dónde voy a ir, ah?» Terminó Mari, «¿me puedo llevar a Cielo? Ella es parte de la familia». Y la gata ronroneó desde la esquina, reafirmando su presencia en la casa. Rosa sintió cierto alivio, por lo menos Mari fue más abierta que los otros dos. Pero la gata, ¡ay, la gata! No había pensado en ella, ese sí que iba a ser un problema.

La escena se repetía. La primera vez que los Ramírez se vieron en esa posición tirante, sentados uno frente al otro en la sala, sumidos en la incomodidad de la quietud, fue cuando Rafael murió, en la madrugada de un sábado de mayo, cinco años atrás. Rosa esperó que despertaran y habló a sus tres hijos. «Niños, papá murió. Quedamos nosotros cuatro para lo que salga», dijo con los ojos enrojecidos de llanto y la mirada fija en ninguna parte. Estaban sentados de la misma manera: Salvador en la esquina izquierda del sofá, Mari en el medio y Margarita al otro lado. Rosa, en la poltrona frente a ellos. En ese entonces, aunque había pensado muchas formas de informar lo inevitable, lo que de una u otra manera todos esperaban —y suplicaban— que ocurriera más temprano que tarde, también

les habló directo y sin anestesia. Las palabras francas han sido siempre su reacción natural a la desesperanza, como si decir la verdad cruda hiciera digerir las noticias con más facilidad. Mari, de apenas cuatro años en aquel momento, no dio problemas. Los días siguientes preguntaba, de vez en cuando, por su papá, hasta que ya no preguntó más. Salvador, de once, asumió la muerte de Rafael con una madurez asombrosa. A Margarita, de trece, la noticia, aunque previsible, la golpeó como una cachetada con el dorso de la mano. Lloró, pataleó, gritó. Era la niña de papá, la consentida, y había entrado en la inexorable adolescencia. Un lustro después, sentados en la misma sala, y en los mismos muebles, más descoloridos y gastados por el paso del tiempo y la poca solvencia, Rosa les planteaba otra pena: el destierro voluntario, un nuevo duelo que compartirán muy pronto.

— Iremos por tierra, Julie nos espera en Lima —dijo serena.

«¿Lima? ¿Perú? ¿Y qué vamos a hacer allá?» Esas preguntas que se dispararon de las bocas de sus hijos fueron las mismas que ella se hizo semanas atrás cuando recibió la llamada de su prima. Julie le decía, por enésima vez, que ella los recibiría, que conoce a una persona que podría emplearla. Mari y Salvador irían a una escuela pública y Margarita trabajaría medio tiempo en la tienda de un amigo, mientras le llega la hora del parto. «No es mucho, pero en algo la ayudará para comprar las cosas que necesita el bebé». El panorama se pintaba alentador.